



VALENCIA, LA LIBERAL

(ETOPEYA DE UNA URBE)

JAVIER GARCÍA GIBERT

Fecha de recepción: 19/01/22

Fecha de aceptación: 24/01/22

“Me nacieron en Bilbao”, decía Unamuno. Y la misma frase podría yo decirla aplicada a Valencia. Venidos de otros lugares por asuntos de trabajo, mis padres me engendraron en la ciudad del Turia y aquí he vivido desde entonces. Pero siempre he sentido esta valencianía como un accidente, incluso como error o jugarreta del destino. En mi fuero interno siempre me he visto –digámoslo así– “castellano” de *espíritu* y consideraría más propio de mi persona haber nacido, pongamos por caso, en Burgos, en Ávila, en León..., o incluso en Cuenca o en Albacete. Mi abuelo paterno nació en Riaza (provincia de Segovia), pero la cuota de sangre que por ese lado tengo es muy exigua. El caso es que siempre que entro en Castilla esa mínima sangre se multiplica en mis venas y se me ensancha el corazón. En fin, acostumbro a ser sincero y espero no granjearme entre mis paisanos la condición de traidor, pues yo no he firmado ningún documento de adscripción a Valencia, y el verdadero traidor es, en definitiva, el que se muestra desleal con sus propios sentimientos y sus propias sensaciones. Pero, dicho esto, y sin desmentirlo un ápice, debo añadir que he acabado sintiendo la necesidad de reconciliarme con mi condición “formal” de nacido en Valencia y, junto a las muchas cosas que creo que me sitúan en las antípodas temperamentales y caracteriológicas de “lo valenciano”, he buscado en mí mismo –hasta llegar a encontrarlas– razones que me adscriben, por lo menos parcialmente, a dicha condición. La primera de ellas ha sido el descubrimiento de que el desapego es una de las maneras tradicionales de ser valenciano. Pero hay otras razones, menos paradójicas, que se irán trasluciendo –eso creo al menos– en las páginas que siguen.

Sin embargo, antes de entrar en ello quisiera argumentar, aunque sólo fuera un poco, esa impresión de total ajenidad que durante años me ha separado mental y sentimentalmente de mi ciudad natal. Tal ajenidad tiene su horizonte en ciertas aspiraciones ideales de la vida y se funda en una deficiencia, en un inconveniente, que tiene, por cierto, su razón de ser en una de sus ventajas, lo cual es un fenómeno, como veremos, muy característico de Valencia: sus virtudes nacen de sus defectos, y

sus defectos de sus virtudes. No puede negarse verdaderamente que tanto por su clima como por sus dimensiones como por la condición de sus gentes, Valencia es una ciudad materialmente muy “cómoda” (ya veremos la trascendencia y vetustez que tiene la aplicación de este calificativo), pero a mi juicio esta comodidad resulta en último término poco beneficiosa para las labores del espíritu, que requieren tal vez elementos climáticos, atmosféricos y ambientales menos relajantes y más fortalecedores. A esto achaco yo –quizá me equivoque- algunos preocupantes síntomas culturales de la ciudad: que tenga uno de los índices más bajos de lectura de toda España, que sea hoy tan difícil encontrar aquí el amor y el gusto por la lengua hablada, o que sus librerías (con honrosas excepciones, empezando por la incombustible París-Valencia) sean tan escasas y tan mejorables, sobre todo tratándose, como se trata, de la tercera ciudad española.

Así pues, la Valencia filósofa y letrada –que, a pesar de los pesares, alguna vez vivió- parece que no existe. Sin embargo, hay muchas otras estimables Valencias: la Valencia de la fiesta, ruidosa y ligera, que yo mismo gocé en mi juventud y que ha mantenido su fama en las últimas décadas; la Valencia sensible y artista, patria de músicos y de pintores; la Valencia berlanguiana, desenfadada y grotesca, amante de los petardos y del chiste grueso. Y algunas otras –no cabe negarlo- de trazo más fino y de sutil arabesco, o aquella, innegociable, que atesora el rasgo que luego veremos y que yo más quiero. Aunque ninguna de ellas nace de ahora, sino que hunde sus raíces en la Madre Historia. A ella se hace, pues, forzoso que acudamos para ir perfilando el resbaladizo carácter de esta ciudad que, al fin y al cabo, ha sido y sigue siendo la mía.

*

Fundada originariamente por el ejército romano como recompensa a sus tropas por los servicios prestados en las campañas lusitanas, el carácter de Valencia comienza a forjarse verdaderamente durante ese período de la Baja Edad Media en que las ciudades empiezan a cobrar personalidad propia, y con ella los habitantes de la región, que por un lado le dan carácter y por otro caen bajo su influencia. Puede, en efecto, considerarse que Valencia –ciudad musulmana y guerrera durante varios siglos en el complejo proceso de la Reconquista (ganada primero por el Cid en 1094 y luego, definitivamente por el rey Jaume en 1238)- comienza en el siglo XIV su verdadero desarrollo como urbe cristiana, ya estructurada en estratos sociales claros y reconocibles: desde el patriciado burgués y la nobleza terrateniente hasta la masa plebeya de los menestrales, pasando por las clases medias de los mercaderes, artesanos, funcionarios y profesiones liberales. A partir del 1400 la ciudad alcanza un enorme desarrollo económico y demográfico, convirtiéndose en la urbe cristiana más importante de la Península Ibérica y en una de las más boyantes de todo el Mediterráneo, la joya de la corona de Alfonso el Magnánimo.

Este desarrollo trajo consigo un considerable refinamiento artístico e intelectual, abierto a todas las influencias foráneas (italianas, francesas, castellanas), pero con sabores y personalidad propios, configurando, por cierto, en el ámbito literario el verdadero Siglo de Oro de las letras valencianas en su lengua autóctona: Ausias March, Jordi de San Jordi, Joannot Martorell, Jaume Roig, Roís de Corella... Desde Garcilaso, que conocía y estimaba la poesía de Ausias March, traducida después al castellano por un entusiasta Jorge de Montemayor, hasta el propio Cervantes que declaró al *Tirant lo Blanch* “el mejor libro del mundo” no puede decirse que la cultura peninsular ignorara las creaciones del Segle d’Or valenciano.

Pero el hecho es que la Valencia brillante del siglo XV no fue conocida en el conjunto de Europa por su refinamiento artístico o literario, sino por un determinado estilo de vida y de costumbres, que era el que verdaderamente trascendió sus fronteras. Un estilo de vida y costumbres particularmente *libre y relajado*, digámoslo así. Esta impresión quedó reforzada –y de qué manera– con el desembarco en la Roma papal de la valenciana familia de los Borja, que culminó en el pontificado más corrupto de la Historia con el licencioso Alejandro VI y su parentela, cuyos excesos carnales llegaron a límites hoy difícilmente concebibles. Sea como fuere, a las alturas del siglo XV la mancebía de Valencia era, de hecho, la “institución” más conocida –y reconocida– de la ciudad en toda Europa. Emplazada en lo que hoy es la zona norte del Barrio del Carmen, dicha mancebía era como un pueblo dentro de la urbe y acabó ocupando un enorme triángulo (que tendría sus tres vértices en el Portal Nou, en la Plaza de Mossén Sorell –accediendo a ella por la Calle Alta– y en la intersección entre la calle de la Corona y la muralla que marcaba la linde de lo que hoy es Guillén de Castro, hasta Blanquerías). Tenemos por suerte una detallada descripción de este lupanar urbano a la altura de 1502 de la mano de un joven y noble caballero holandés, Antoine de Lalang, que pasó por Valencia como cronista del viaje a España de Felipe el Hermoso y su esposa Juana. El Informe de Lalang describe el perímetro acotado de la mancebía, las pequeñas casas ajardinadas con candil a la puerta a cuya luz esperaban las prostitutas ricamente ataviadas con seda y terciopelo, la abundancia de tiendas y tabernas para uso y recreo de las mujeres y de sus clientes, y la perfecta regulación administrativa del recinto, así como sus admirables condiciones higiénicas: los médicos, de hecho, vivían dentro de él para preservar la salud de las mujeres, a las que controlaban semanalmente.

Como no podía ser menos, en toda la literatura de raíz celestinesca –sin excluir *La lozana andaluza*– hay alusiones a la mancebía de Valencia, pero su fama, como decíamos, traspasaba las fronteras, y con ella se propalaba el carácter especialmente permisivo de la ciudad. Maquiavelo en una de sus cartas (5 de enero de 1513) se refería, en forma proverbial y casi antonomástica, a “il bordello di Valenza”, aunque la frase deja dudas de si se refería en concreto a la célebre mancebía o bien tomaba metonímicamente a toda Valencia por un burdel. Tampoco sabemos si se refería a las putas del prostíbulo (lo que sería más comprensible) o de modo hiperbólico a las valencianas en general la observación que anotó el médico y geógrafo alemán Hieronymus Münzer con motivo de su viaje por España a finales del siglo XV: “Las mujeres de Valencia van por la calle tan escotadas que enseñan los pezones y además se pintan la cara y usan afeites y perfumes, algo en verdad censurable”. Sea como fuere, la condición licenciosa de la ciudad del Turia era ya un tópico muy extendido, y no sólo, como vemos, en las mentes cándidas y vulgares, sino entre las de los cultos humanistas de la época. Por las mismas fechas, uno de ellos, Giovanni Pontano, en su diálogo *De sermone* (1499) ya se dejaba llevar por la idea recibida cuando escribía, por ejemplo, que “la mayoría de los valencianos, tanto jóvenes como viejos, están entregados a los amores y a los placeres” (“sunt plerique Valentini cives, tum senes, tum iuvenes, amoribus dediti ac deliciis”). Esta impresión había calado muy hondo en los literatos, incluso entre los de la “pagana” Italia del Renacimiento, y no se mostraba únicamente en la abundancia de referencias directas que se hacían sobre el tema –como cuando Bandello, por ejemplo, aseguraba en una de sus *novelle* (I, 42) que Valencia era la ciudad “più lasciva ed amorosa”–, sino también, y sobre todo, cuando lo valenciano se convertía en puro estereotipo de lo licencioso: cuando Aretino, por ejemplo, en una de sus comedias más atrevidas denomina a un galante mujeriego “Lindezza di Valenza” (*La cortesana I, 10*), o

cuando Ariosto pondera la sensualidad de Ruggiero en su escena de seducción con la hechicera Alcina diciendo que parecía “avezado en el trato con las valencianas” (*Orlando furioso*, VII, estr. 55).

El propio Azorín se hacía eco de este lugar común histórico de la sensualidad valenciana en su libro de recuerdos *Valencia* (cap. XII), afirmando que “la vida allí era dulce, muelle”, y añadiendo discreta y pudorosamente que la Valencia del Renacimiento había llegado “a un grado de sociabilidad extrema” (*sic*). Con menos eufemismos lo había proclamado a finales del siglo XVI el pensador y estadista Giovanni Botero, célebre teorizador de la “razón de Estado”, en su *Relazioni universali* (1596): “non è città in Europa ove le donne di mal’affare siano più stimatte”. El proverbial buen vivir valenciano tenía precisamente uno de sus síntomas en esta franca estimación a las mujeres de mal vivir, de la que hablaba Botero. ¿Y no vendría a Valencia por esta causa –tanto como por la activa vida teatral de la ciudad del Turia- el joven y mujeriego Lope de Vega cuando fue desterrado de Madrid en 1588? No había ciudad que estuviera más a tono con el apasionamiento y la expansividad lopesca, y todo ello se reflejará por supuesto en las comedias de ambiente valenciano del propio dramaturgo (ahí está como botón de muestra *La viuda valenciana*) o en las de sus discípulos de la tierra (*Los malcasados de Valencia* de Guillén de Castro, por poner un ejemplo), obras en las que destaca la libertad y frescura sexual con que se manifiesta la vida en la ciudad del Turia. Y es que aquí parecían vivirse los placeres de la carne con una franqueza notable, sin la hipocresía obligada de otros lugares, empezando por la misma corte. Así lo insinuaba al menos, don Luis de Góngora en una de sus letrillas (*Dineros son calidad*): “En Valencia muy preñada / y muy doncella en Madrid”.

Pero a lo largo del siglo XVII –de mentalidad plenamente contrarreformista en nuestro país, alejada por tanto de los aires paganizantes del Renacimiento- esta impresión de ciudad franca, alegre y divertida, se fue completando con otra, no tan positiva, ahora ya extendida entre los propios compatriotas: la de la inconsistencia y la liviandad de los valencianos. Miguel Herrero García, en un famoso estudio de 1928 titulado *Ideas de los españoles del siglo XVII*, estudió las percepciones etnográficas de los españoles a partir de escritores de esa época, y dedica a los valencianos el capítulo XII, que comienza de la siguiente manera: “Mal concepto tenían de los valencianos los escritores españoles del siglo XVII. La causa estriba en la celebridad que durante la anterior centuria se granjeó la ciudad del Turia de emporio de placeres sensuales y pecaminosa molicie.” Así pues, Miguel Herrero explica y deriva la imagen negativa como efecto y colofón de aquella positiva imagen anterior: la entrega a los placeres efímeros y sensuales hace a los valencianos inaptos para empresas de esfuerzo y dedicación. Por eso, frente a los rasgos que caracterizan a otras regiones de España (la altivez y veracidad de los castellanos, la gravedad y testarudez aragonesa, el ingenio y la locuacidad andaluzas, el resentimiento y la laboriosidad catalanas, etc.) la “inconstancia” y la “volubilidad” serán a partir de ahora la caracterización distintiva de los valencianos.

Y, siguiendo esta estela poco alentadora, fue uno de literatos más ilustres de este siglo barroco, Baltasar Gracián, quien formuló con su consabida brillantez aforística –la mejor, sin duda, de la literatura española- una de las sentencias más aceradas y contundentes sobre la ciudad de Valencia. Aragonés acérrimo, había residido en esta ciudad (y también en Gandía) durante algunos períodos de su vida, desempeñando tareas como profesor jesuita y tuvo sonoros desencuentros con los valencianos, de cuya capital dijo lo siguiente en la Primera Parte de *El Criticón* (1651): “la alegre, florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es sustancia” (I,

10). Es difícil imaginar una condena más acerba de Valencia (y por extensión de los valencianos). Los piropos iniciales de la frase terminan -bajo la apariencia de una ponderación de plenitud (“llena de todo”)- en una crudelísima desestimación: en Valencia, efectivamente, brota de “todo”, salvo lo que verdaderamente es relevante y sustancial. La *insustancialidad*, he ahí el estigma terrible de lo valenciano, que quedaría de un modo u otro para el futuro. Ya no se trata sólo de “inconsistencia” y de “volubilidad” (defectos que también achaca Gracián a los valencianos en otros lugares), sino de algo que, abarcándolos, explica ambos conceptos y va, a la vez, mucho más lejos. Si Valencia y lo valenciano se presenta voluble e inconstante ante nuestros ojos, no es, como pudiera imaginarse, por calculado oportunismo ni por apasionada espontaneidad, sino por falta de raíz y fundamento.

Esta falta de raíces y fundamento convierten a Valencia y a los valencianos en el pueblo más ajeno y más indiferente a su propia historia, a su propia cultura y a su propia lengua (por cierto, no hay españoles que hablen más limitadamente y con menos gracia el español, y todavía peor suelen hablar el idioma vernáculo aquellos que lo tienen por lengua materna). ¿Y cuántos valencianos se enorgullecen de que su tierra haya dado, dentro del ámbito cultural de Occidente, uno de los mejores poetas del siglo XV (Ausias March), uno de los mejores humanistas del XVI (Luis Vives) o uno de los mejores pintores del XVII (José de Ribera)? La mayoría de los valencianos –hágase la prueba y pregúntese por ahí- ni siquiera conoce la existencia de estos paisanos ilustrísimos (salvo, claro está, como nombres de una calle, de una avenida o de un Instituto de Enseñanza Media). Y a propósito de calles: si uno camina, por ejemplo, por ciudades andaluzas verá que sus calles están llenas de placas conmemorativas, de efemérides, de recordatorios de vecinos más o menos ilustres, en lo que es un tributo permanente a la memoria de la ciudad y sus moradores. Nada de esto sucede en Valencia, que parece vivir olvidada del pasado, quemándose a sí misma, como hace anualmente con sus Fallas.

*

Porque Valencia tiene una clara vocación hacia el efímero presente y se entrega a la impresión y al fuego de artificio, pero sin buscar en ello nada duradero, nada trascendente. Contaré aquí una anécdota personal muy reveladora para dibujar de un solo trazo este rasgo singular del carácter valenciano. Cierta día vi abatido y desasosegado a un compañero de trabajo y le pregunté la causa. Yo esperaba una vaguedad para salir del paso, pero lo cierto es que me dio una respuesta detallada y precisa (andaba, al parecer, tan preocupado con su problema que estaba dispuesto a comunicárselo a todos). El caso es –me dijo- que el verano anterior había ido con su esposa, ambos cincuentones, a un viaje organizado y en él habían trabado muy buena relación con un matrimonio gallego. Durante la cena de la última noche las dos parejas se hallaban a gusto y, en el curso de los parabienes y las despedidas, él había ofrecido su casa a los gallegos para que vinieran a Valencia –ciudad que aún no conocían- cuando les pareciera bien. La cuestión es que los gallegos, que se habían asegurado de que sus “amigos” valencianos no iban a moverse de Valencia en los días de Fallas, les acababan de comunicar que aceptaban el ofrecimiento y que pensaban venir a alojarse en su casa durante esas fiestas, que estaban ya muy próximas. Y el hombre estaba desolado, porque lo último que le apetecía era tener esos días a nadie en su casa, y menos todavía a unos “desconocidos”. No pude por menos que hacer esta observación: “¿Pero no los habías invitado?” “¡Hombre –me contestó- eso son cosas que se dicen, pero no hay que tomárselas al pie de la letra!” Vi en seguida en

esa respuesta algo muy valenciano. No es fácil que un gallego, un aragonés o un navarro de cierta edad inviten a nadie a las primeras de cambio a que vaya a su casa, pero si lo hacen, lo hacen de verdad, con todas las consecuencias. El valenciano lo hace movido por el arrebató del instante. Pero la ligereza y escasa fiabilidad que se atribuye a los valencianos no proviene en sentido estricto de falsedad, sino de falta de sustancia. No es que cuando el hombre formuló a los gallegos su invitación no la sintiera verdaderamente, es que ese sentimiento fue flor de un día, brotó en su momento pero sin echar raíces.

Esa insustancialidad que Baltasar Gracián achacaba a Valencia tiene, como vemos, diversos frentes, y –correctamente entendida– se revela como uno de los rasgos más eficaces para explicar muchos flecos y ribetes del carácter valenciano. La falta de sustancia también puede entenderse como falta de entidad, de gravidez, de densidad. El escritor alicantino Vicente Verdú reflexionaba a veces sobre el ser valenciano en sus columnas periodísticas y en una de ellas –que llevaba por título “La transparencia” (*El País*, 7-X-88)– definía mediante ese concepto a Valencia y a lo valenciano. Dicha “transparencia” le hacía decir que “Valencia no existe” y esa inexistencia la veía representada en el color azul, que está presente a modo de franja en su bandera: “el color azul –escribía el columnista– no existe: es la suma inmensa, marina o celeste, de transparencias y transparencias”. Nada de fondo, de sustancial, a lo que asirse; trampantojos efímeros y decorativos. Por eso, añadía Verdú en la misma columna, el oficio más propincuo a lo valenciano es el de decorador (y sus adláteres: interioristas, maquilladores, diseñadores...), todo aquello que llena con su brillante y cambiante apariencia una ausencia de honda y sustancial realidad.

Algunos viajeros han percibido en Valencia muy claramente esa impresión de evanescencia, de irrealidad, de teatralidad. En su *España Virgen* (1926) el hispanista norteamericano Waldo Frank tituló el capítulo dedicado a la ciudad del Turia “El sueño de Valencia” y resumía así de crudamente sus impresiones: “Valencia. Sus calles son un carnaval y su vida una mascarada”. Pero se trata en todo caso de una mascarada diurna, luminosa, no de un carnaval siniestro y misterioso. Valencia nos ofrece, ya lo decía Gracián, una insustancialidad alegre. Y esa alegría superficial no tiene trampa ni cartón, es una alegría superficial *verdadera*. Como dice el célebre pasodoble, Valencia es “la tierra de las flores, de la luz y del amor”, y la canción nos habla de hermosas mujeres, perfumados aires y claros cielos, en lo que no deja de ser una letra tópica y trivial. Pero lo cierto es que lo que se dice en ella no es mentira: ¿cómo negar la asombrosa nitidez lumínica de muchos atardeceres, la frecuente limpidez del aire, el olor de la flor de azahar en primavera o la belleza de sus mujeres (no conozco un solo valenciano que desestime a sus paisanas en este sentido). Ahora bien, no busquemos en todos estos dones naturales la hondura, el misterio, la trascendencia de otras latitudes. A su modo lo expresaba el vasco Baroja, que conocía bien Valencia, cuando en una de sus novela (*Camino de perfección*, cap. 50) se refería por medio de uno de sus personajes a esos típicos pueblos de la huerta valenciana: blancos, limpios, “todo inundado de sol, pero sin gracia, sin arte; pueblos que no tienen grandes casas solariegas, con iglesias claras, blanqueadas, sin rincones sombríos”. Esos pueblos llanos, grandes y feos que rodean la gran urbe parecen, en efecto, no tener historia ni identidad y son tal vez un daguerrotipo desvaído de la simpleza y la transparencia de su capital.

Como lo es de otra manera, y con mucho más poder simbólico y visual, la fruta típica de la región: la naranja. En otra de sus columnas periodísticas, titulada “Valencianos” (*El País*, 19 de Marzo de 1986) se refería el propio Verdú a “la plena obviedad de una naranja” como fiel trasunto de la visión llamativa pero

intrascendente que se tiene de Valencia y de los valencianos. Dicho fruto, como no puede ser menos, ha concitado la atención de los hermeneutas en su condición de posible icono del carácter de la tierra. Y a menudo son sus propios hijos quienes han establecido las relaciones. Decía el poeta y ensayista Juan Gil-Albert en su *Memorabilia* (1975): “Una naranja es, propiamente, una maravilla, pero es una fruta que carece de matiz, una fruta visual, que asombra sin enternecer” Y habla a continuación de su color rotundo, al que ha dado nombre, pero si ese color se destiñe, dice Gil-Albert, la naranja deja de ser naranja, “cosa que no le sucede a la manzana, a la ciruela, o al mismo grano de la uva, que admiten interpretación y lirismo, sin eclipsarse; por el contrario, cobran entonces aliciente y profundidad”. Es una fruta, concluye, que “carece, me atrevería a decir, de alma”. De nuevo llegamos, por camino distinto, al “sin sustancia” graciano, que se revela una vez más como una suerte de eje exegetico y verdadero centro de interpretación para los reparos y consideraciones sobre Valencia y lo valenciano.

Pero si miramos las cosas con profundidad y perspectiva histórica no todo puede ser tan sencillo ni tan hermenéuticamente cerrado. La propia reflexión sobre la naranja en tanto símbolo de la condición de un pueblo no se agota en esa refrescante visualización de obviedad y simpleza. También ofrece esta fruta visos y complejidades. En un breve texto de 1944, titulado “Valencia” (incluido en el libro *Mis ciudades*, recopilación póstuma de sus textos de viajes), el filósofo barcelonés Eugenio d’Ors constataba la ambivalencia característica de lo valenciano y lo cifraba precisamente en la naranja: “La dulzura forma en ella cuerpo sensorial con la acidez. Indiscerniblemente gusta en ella la boca los azúcares y los ajenos”. El texto de d’Ors trasluce la agudeza característica de su autor y resulta muy útil para dibujar nuevos perfiles en la reflexión sobre la ciudad levantina. Su comienzo ya es suficientemente explícito: “A juzgar por los antecedentes históricos y las concordes referencias, Valencia pudo ser, cuando el Renacimiento y sus aledaños, el ejemplar arquetipo de la finura en las costumbres y en la ilustración. Pasó mucho tiempo y la Valencia de Blasco Ibáñez pudo ofrecer a sus contemporáneos el espejo de una indiscutible grosería”. Para actualizar en gráficas imágenes esta demoledora observación, Eugenio d’Ors, recordando algunas “ceremonias oficiales” a las que asistió en “la exquisita Sala de la Lonja” de Valencia, escribe lo siguiente: “Entre las nervaduras góticas más sutiles se deslizaban los dichos más burdos y las ornamentaciones modernas de gusto peor ofendían a los más elegantes restos de un pasado”. Obviamente don Eugenio no deja de preguntarse “qué pudo pasar” para que tal evolución –del refinamiento a la chabacanería- se produjese, aunque prefiere no analizar el asunto en términos de decadencia o degradación histórica, sino -más piadosa, pero también más inteligentemente-, en términos de “ambivalencia” o de “paradoja”. El espíritu valenciano, parece decirnos, aúna simultáneamente ambas realidades: la sutileza y la grosería, el clasicismo elegante de Juan de Juanes y el *Tractat del pet*, el lirismo y la parodia, la creación y la destrucción (ahí están las Fallas).

*

¿Esconde en realidad la aparente simpleza valenciana una honda contradicción, una oculta paradoja? La verdad es que, si así fuera, no sería difícil explicarlas acudiendo a la Historia, pues Valencia es alternativamente musulmana y cristiana en los siglos medievales, provocando esto un vaivén de sustratos que habrían de generar previsiblemente algún conflicto, alguna mezcla. Como dijo

Giménez Caballero en su *Trabalenguas sobre España* (1931), Valencia es “ciudad de guerra con fondo de molicie, cruce de Oriente y Occidente”. Pero sería demasiado trivial, aunque se haga a menudo, achacar el refinamiento y la molicie a su fondo musulmán y la condición tosca y guerrera a su fondo cristiano. O, en cualquier caso, podría decirse que ambos influjos se interpenetraron muy rápidamente y lograron una pronta y perfecta simbiosis, que ya estaba presente en la áurea Valencia cristiana del siglo XV (ahí está el sensualismo papal de los Borja), alcanzando una suerte de carta de naturaleza durante el Renacimiento, donde una cierta ambivalencia entre procacidad y delicadeza era ya, por así decirlo, un rasgo identitario de la ciudad. Ello tuvo, por cierto, curiosas proyecciones culturales: de las prensas valencianas salieron, por ejemplo, tanto las comedias más rijosas de la literatura española (la *Thebayda*, la *Hipólita*, la *Serafina*...) como las primeras y más relevantes muestras del género más idealista y delicado de la época: la novela pastoril.

Pero la posible *paradoja valenciana* nunca se vive como un angustioso vaivén de antagonismos, ni con la dramática y radical expresión con la que se vive en otros lugares. Frente al bullicio sevillano -su “bulla” legendaria- están los grávidos e inenarrables silencios de Sevilla: el silencio de total unción al paso del Cristo del Gran Poder, o el silencio expectante de la Maestranza. Ningún contraste parecido hay en Valencia ante el estruendo de la mascletà o de las tracas. Porque la paradoja de Valencia no es fruto de una dinámica general de contrarios entre el cuerpo y el espíritu, que se explican y potencian mutuamente como en el alma festiva y trágica de Andalucía, sino de la pura expresión contrastiva de la vida: la variedad de la singularidad humana y el fenómeno mismo de la libertad, siempre imperantes en esta tierra y siempre floreciendo sin cortapisas. Y ¿quién ignora que la expresión libre de la vida puede ser vulgar, puede ser grosera, puede ser ruidosa? El problema para la imagen de Valencia es tal vez que este franco aluvión de vida llega a ocultar el florecimiento –siempre mucho más discreto- de existencia refinada y delicada, que también existe. El bosque impide ver los árboles y el tópico la excepción al tópico. Así explico yo también mi impresión con las Fallas: sus colores chillones, sus figuras grotescas y exageradas, su anti-clásico abigarramiento visual siempre me han tirado para atrás estéticamente, pero ¿quién duda que debe de haber, detrás de esa estridencia excesiva para mis ojos, fino ingenio en sus libretos, mérito en la complejidad de sus estructuras, gracia en algunos de sus ninots, e incluso una admirable agudeza barroca en su representación general del mundo?

¿No será que en Valencia la expresión más culta y delicada queda siempre oscurecida por cáscaras o artificios más vulgares, como esos bellísimos y refinados ángeles músicos de la bóveda del presbiterio en la Catedral de Valencia -las primeras muestras del Renacimiento pictórico en España-, que estuvieron ocultos hasta 2004 durante más de tres siglos bajo una recargada y espectacular cúpula barroca? ¿No será un rasgo característico de Valencia –“llena de todo”, como decía Gracián- que la condición tumultuaria de sus excesos impide ver y considerar sus posibles logros sustanciales? A finales del siglo XVIII, en sus *Cartas marruecas* (XXVI) José Cadalso afirmaba que, a despecho de la opinión común, según la cual los valencianos “están tenidos por hombres de sobrada ligereza”, “los valencianos de este siglo son los españoles que más progresos hacen en las ciencias positivas y lenguas muertas”.

Y no le faltaba razón. Sabido es que la Valencia del siglo XVIII acogía una fuerte tradición empírico-científica procedente del grupo de los llamados “Novatores” del siglo anterior; y en cuanto a las humanidades, la de Valencia era por entonces una de las pocas universidades españolas que había mantenido la enseñanza del griego, y ahí estaban las importantes figuras de Gregorio Mayáns y de

Juan Andrés para demostrar la presencia incontestable del humanismo ilustrado en el ambiente valenciano. Aunque esto tampoco era nuevo. ¿Cómo ignorar el nivel que había alcanzado el viejo humanismo del Renacimiento en las figuras de valencianos como Honorato Juan, Furió Ceriol o el propio Luis Vives, uno de los más grandes humanistas europeos? Es verdad que Vives, por su origen converso, tuvo que abandonar antes de los veinte años Valencia y España para nunca más volver, pero jamás abdicó de su valencianía y a menudo callejeaba imaginariamente desde Centroeuropa por los rincones de su ciudad natal en sus magníficos *Diálogos*. En uno de los últimos (*Leges ludi*) imagina a uno de los dialogantes animando a los otros a pasear indolentemente por la calle del Mar para ver de ese modo hermosos cuerpos de mujeres (*decoras formas*). ¿No era esto un ramalazo valenciano del ilustre pensador? ¿Y no lo es también ese suave hedonismo que puede percibirse en algunos de sus *Diálogos*, en función de lo cual considera legítimo buscar moderadamente los placeres de la vida: la buena literatura de entretenimiento, la buena mesa, la buena conversación?

Y es que, al margen de mixturas y paradojas (que no lo son tanto, como estamos viendo), lo que tiñe por completo el carácter valenciano es esa pátina de amor al disfrute de la vida y a los pequeños o grandes placeres de la misma, que en buena parte de los valencianos –aunque no en Vives ni en algunos otros: una minoría, en cualquier caso- se da “sin mayores contemplaciones”, sin aspiración a algo más grande ni más serio. El mayor de los novelistas valencianos supo ver esto con gran claridad y lo plasmó por escrito cuando se lo pidieron. En su corta vida editorial, a principios del siglo pasado, la revista *Alma española* requirió a plumas conocidas de diversas regiones alguna reflexión significativa sobre su tierra chica y sobre sus paisanos. Blasco Ibáñez se puso a ello en un artículo titulado “Alma valenciana” (*Alma española*, año II, núm 11, 17 de enero de 1904, pp. 10-12) donde destacaba la falta de ambición y de ansia de enriquecimiento como factor predominante en la gente de su tierra y, en cambio, la existencia en ellos de un hedonismo natural, que nunca llega, sin embargo, al patológico exceso (recuerda, por ejemplo, que el valenciano es el español que menos bebe, pues no le hace falta para disfrutar con pasión de la vida, ya que “el vino lo lleva dentro”). Ese hedonismo natural afecta a todo y viene de lejos. A este propósito recuerda Blasco que el valenciano “durante tres siglos ha sido el único agricultor del mundo que vestía de seda” y que la labradora valenciana, que nunca había trabajado la tierra, despojada de percales, bayetas o estameñas, “pasaba entre los rosales de su barraca, en los días de fiesta, con alta peineta de oro, grandes racimos de perlas pendientes de las orejas hasta tocar la pañoleta de blonda de los hombros, falda de brocado con flores y medias de seda”. Una imagen muy gráfica y muy literaria, propia de un novelista, pero que ilustra bien a las claras uno de los rasgos fundamentales de ese pueblo fallero y pirotécnico: la voluptuosidad del derroche fastuoso, gratuito. Y esa mentalidad permanente de “carpe diem”, que induce a vivir el placer del instante, por si las moscas (*folleu, folleu, que el món s’acaba*, dicho con una grosería –o brofegá- al estilo de la tierra)

Estamos hablando de “hedonismo”, pero también podríamos apelar, más filosóficamente, al pensamiento epicúreo. Comenzaba Blasco su etopeya del pueblo valenciano aludiendo, como hemos visto, a esa falta de ambición del que, una vez conseguido lo necesario para vivir, “no pide más”, “se da por satisfecho”. ¿No es esto la limitación de deseos del sabio Epicuro, que aspiraba a la felicidad como fin de la vida, pero sabiendo que el verdadero placer no está en el deseo de gozar sin tasa, sino en el disfrute de lo que se tiene? ¿Y no tiene el valenciano siempre a mano el sol, el

mar, la *paelleta*...? Es verdad que esta voluntaria limitación de ambiciones recae también a menudo sobre otros ámbitos, y el propio Gil-Albert en el texto antes citado reconocía en el carácter valenciano una “cierta cortedad de aspiración espiritual”, en el sentido de no querer ir más allá de las emociones hedonistas y sensibles. Quizá por pura comodidad, el valenciano es naturalmente un ser escéptico que proclama no creer en las grandes ideas y en las grandes palabras. Esto es un hecho, y afecta a todo, y tiene también consecuencias políticas. La escéptica Valencia –y por extensión la Comunidad que lleva su nombre- siempre demuestra, por ejemplo, una fuerte resistencia al fanatismo y a las manipulaciones políticas de carácter ideológico. Abramos aquí un delicado inciso, no desde luego por afán polémico, sino porque puede servirnos para perfilar aún más la personalidad valenciana.

Dejando de lado –pues no es el momento- la monstruosidad política e intelectual que ha supuesto en España la alianza entre las izquierdas y los nacionalismos periféricos (históricamente alentados y gestionados por las burguesías locales), centremos la atención en el nacionalismo radical que en la región valenciana adopta la forma del catalanismo. Es verdaderamente llamativo el odio africano que profesan los catalanistas valencianos a la ciudad de Valencia y a todos sus símbolos (la bandera con la franja azul, las Fallas, el Valencia Club de Fútbol, etc.). La razón es que consideran a la ciudad de Valencia como totalmente ajena, e incluso renuente, a su denodado sueño imperial catalanista. Porque esta Valencia catalanizada y antiespañola no ha existido nunca. Y tampoco existe en el conjunto de la región a la que la ciudad representa. ¿Qué se puede hacer con una Comunidad que se declara pronta y dispuesta “Para ofrendar nuevas glorias a España” ya desde el primer verso de su himno regional (cuya letra, por cierto, estaba originalmente escrita en castellano)? Y así ha sido siempre. Desde la creación de la Monarquía española, las clases dirigentes valencianas eligieron libremente una clara opción castellanizadora, y esto no era un secreto para nadie. “Tenemos a los valencianos por más muelles”, decía en tiempos de Felipe IV su valido el conde-duque de Olivares, comparándolos con los catalanes y los portugueses, mucho más rebeldes y levantiscos a las pretensiones centralistas de la Corona.

Pero nos equivocariamos si viéramos razones predominantemente económicas y políticas –o simplemente aleatorias- en esta impermeabilidad de Valencia a las veleidades nacionalistas. Todos los rasgos de lo valenciano que hemos señalado en las páginas anteriores conspiran en su contra: la falta de raíces, la transparencia, la levedad... Pero también el hedonismo y ese escepticismo que recae sobre todo, comenzando por sí mismos. “Lo propio de la valencianidad es la imposibilidad de creer en ello”, decía Vicente Verdú en uno de sus artículos arriba mencionados. Seguramente los catalanistas valencianos –cuya patria espiritual es Cataluña, la nación que hoy en día posee la autoestima más alta de la Tierra- consideren que el pueblo valenciano, debido a las “lacrás” de su carácter, tiene una autoestima lamentablemente baja, pero, como hemos visto y como veremos, las tales “lacrás” son precisamente un signo de identidad, e incluso de virtudes. Cuando el valenciano encuentra a un amigo o un conocido y se le ocurre de pronto que por qué no celebrarlo y dice sin pensárselo mucho “Ché, anem a fer-nos una” (una cerveza, una *picaeta*, una paella o lo que sea), desde luego no está pensando en arreglar el país o en “fer país” sino en pasar un rato agradable. Habrá quien piense que es mucho mejor el mantra catalán “Anem per feina” que el mantra valenciano “Anem a fer-nos una”, pero eso es ya cuestión de gustos.

*

En los años 70 del siglo pasado un reputado crítico teatral británico, Kenneth Tynan, que había visitado repetidamente la ciudad de Valencia en la década anterior, escribió sobre ella un ensayito iluminador que transmitía ideas y sensaciones bastante compatibles con lo que estamos diciendo y que pueden encaminarnos, de hecho, a nuestras observaciones finales. El texto apareció dentro de un libro de ensayos misceláneo que vio la luz en 1975 y que fue traducido al español cuatro años más tarde por la Editorial Anagrama con el abigarrado título de *La pornografía, Valencia, Lenny, Polanski y otros entusiasmos*. El ensayo en cuestión llevaba por título “El observador sensato se sentirá repelido”, que era una frase literal, referida a Valencia, de un conocido viajero inglés del siglo XVIII, Henry Swinburne, una frase que expresaba, por cierto, el poco aprecio que a la sazón solían manifestar por la ciudad muchos visitantes, tanto nacionales como extranjeros. En esencia el texto de Tynnan es una declaración de amor a Valencia, a pesar de concebirla –o más bien por ello mismo- como una ciudad ayuna por completo de encanto para los viajeros al uso, o, como dice el autor, una suerte de “centro mundial del antiturismo”. Pero ese era para Tynan el verdadero hechizo que le imprimía carácter y, precisamente para no degradarlo, insiste al final de su extraña *laudatio* en la aseveración de que Valencia –no vaya nadie a equivocarse- carece de todo interés turístico. Algo que, por otro lado, todos pensaban por aquellos años. El ensayo comienza, de hecho, con bastante gracia constatando ese tipo de “mirada especial e insondable” que le dirigían al autor sus amigos españoles cuando les comunicaba que iba a pasar sus vacaciones a Valencia: “Es una mirada –escribe Tynan- de aturdida, incrédula compasión”

Antes de proseguir, habría que hacer aquí un inciso para situar históricamente estas impresiones del escritor inglés. Recuerdo en mi infancia y primera juventud la descuidada y desaliñada Valencia de los años 60 y 70, cuyos atractivos turísticos verdaderamente brillaban por su ausencia. Cuando venía un forastero, uno le indicaba maquinalmente y sin mucha convicción lo que se consideraba más relevante: el Micalet, la plaza de la Virgen, la Lonja, el palacio del Marqués de dos Aguas...y no se nos ocurrían muchas cosas más. La mayoría de los valencianos éramos los primeros en estar convencidos de la falta de atractivo de nuestra ciudad y este era precisamente un rasgo en el que insistía Kenneth Tynan: “Valencia nunca ha llegado a aprender la técnica de caer simpática ni de tomarse a sí misma como producto vendible”.

Es verdad que esto último ha cambiado mucho en las últimas décadas y podemos decir que, como otras ciudades, Valencia se ha subido al carro del marketing turístico, y no sin éxito ni fundamento. Ha mejorado ostensiblemente sus atractivos con el desarrollo del litoral marítimo, la conversión en jardín y espacio recreativo del antiguo cauce del Turia, los conjuntos arquitectónicos ultramodernos de la zona sur de la urbe y el remozado y recuperación de barrios populares, abandonados durante el franquismo. En consecuencia, hoy vemos a miles de forasteros paseando por nuestras calles y puede decirse que la ciudad de Valencia se ha convertido en un destino turístico muy estimable. Pero, si atendemos al fondo psicológico que nos caracteriza, la percepción del escritor británico sobre nuestra actitud sigue siendo cierta. Los propios valencianos no damos mucho crédito a todo este barullo, seguimos dudando –pese a las pruebas en contrario- del potencial turístico de nuestra ciudad (habiendo Toledos y Sevillas y Salamancas en la península) y nos asombramos de que tanta gente venga de lejos aquí para verla.

Esta actitud es la que seducía ya entonces a ese raro admirador de Valencia que fue Kenneth Tynan: la indiferencia de los valencianos hacia sus visitantes, hasta el punto de que el forastero –eso decía el crítico inglés- jamás se siente “arropado” por los naturales de la urbe y su soledad puede ser muy aguda, mucho más que en cualquier otra ciudad española. Pero, en contrapartida, el viajero experimenta en Valencia una total desinhibición y libertad de espíritu. Como ejemplo de ello, y de la indiferencia bendita de los valencianos, refiere Tynan que una vez él mismo paseó entre la muchedumbre durante la feria de Julio –tal vez, aunque él no nos lo diga, después de ingerir un buen número de sangrías o aguas de Valencia- “con un globo sujeto a mi oreja izquierda por un cordel de seis metros” y afirma que “aparte de algunos niños impresionables, nadie prestó la más mínima atención”. Estas son las cosas y las sensaciones que, a juicio de Tynan, hacen única a Valencia. Naturalmente, el autor menciona algunas atracciones “típicas” de la ciudad, sobre todo sus renombrados *castillos* pirotécnicos, de los que hace, por cierto, algunas descripciones de gran inspiración, como estas referidas a sus cohetes y carcasas: “cuando suben son imágenes de nacimiento individual, como espermatozoides que corren para asegurar su supervivencia; cuando caen son imágenes de la muerte cósmica, estrellas congeladas...”.

Tynan, sin embargo, no es tan agudo a la hora de describir la *mascletá*, que es, en realidad, lo verdaderamente propio y sorprendente de Valencia, y que también define extraordinariamente el carácter de su pueblo y de su ciudad. Si los “fuegos de artificio”, en su derroche visual, son un icono perfecto de la bella y superficial evanescencia valenciana, la *mascletá* lo es en su derroche auditivo. La *mascletá* – como expresa su nombre- es una “machada”; es la postura del “ahí queda eso”, como en el célebre soneto con estrambote cervantino: tras los alardes verbales y gestuales, el valentón “fuese y no hubo nada”. La pura pólvora sin finalidad constructiva ni destructiva, el exceso de ruido por el exceso de ruido, la excitación por la excitación. Pero el valenciano es capaz de encontrar el fruto y la belleza en esta aparente barbarie sin sentido. El estruendo de la *mascletá* no se produce caóticamente, sino con armonía, progresión y ritmo, y la excelencia se consigue cuando, en los últimos truenos, el asistente a la *mascletá* llegue a un tal límite de excitación que se produzca, como en el coito, una bendita relajación después de un orgasmo.

Pero no se le puede pedir a Tynan algo que, en puridad, sólo puede apreciar un natural de la tierra, habituado a vivir plenamente los secretos y placeres de la gratuidad absoluta. Por lo demás, la interpretación de Valencia por el crítico británico me parece acertadísima, y ello en un doble sentido. Por un lado, en su atrevido planteamiento metodológico, que reivindica el interés de Valencia partiendo precisamente de los rasgos negativos que tradicionalmente se le han atribuido: la indiferencia, el desraizamiento, el conformismo, la despreocupación. En realidad, Tynan, tal vez sin saberlo, percibió con claridad un aspecto proverbial del carácter valenciano, que tiene para describirlo un término propio: el *meninfortisme* (del “me n’en fot” valenciano, que viene a decir “me importa una higa” o, más crudamente, “me la suda”). Pero ese supuesto defecto, que colinda con el egoísmo, la pereza, la negligencia o la desidia, es el fundamento de algunas virtudes que tienen que ver con el humor, la tolerancia, el antidogmatismo, y con aquella que Tynan tiene el acierto de ver como algo específico de Valencia, aunque en puridad no puede entenderse como un activo turístico de la ciudad en sí misma, sino más bien como un efecto que parece provocar en quienes viven o están en ella: la consigna del vive y deja vivir, y un callado pero eficaz aliento de libertad.

Valencia, la *liberal*, he ahí un epíteto que creo que la define y le conviene por entero. Aunque el descubrimiento de esa liberalidad en la ciudad del Turia no es cosa nueva, y no me refiero ahora a las proyecciones más sensuales o psicalípticas de ese concepto, que, como ya hemos visto, eran una suerte de marca de identidad de esta urbe, sino a una noción de liberalidad más específicamente moderna, y más profunda y decisiva. Pero hace más de cinco siglos eso ya se percibía. En 1504 Alonso de Proaza, humanista y editor (que lo había sido nada más y nada menos que de *La Celestina*) fue nombrado Catedrático de Retórica de la Universidad de Valencia y al año siguiente publicó una larga y sentida *Oratio* en loor de esta ciudad. Junto a las muchas ponderaciones tópicas que convierten a Valencia -por razones de tierra, historia y clima- en un “jardín de placeres” destacan otras que no lo son tanto, donde uno percibe clara y simultáneamente tanto el sentimiento genuino y profundo del autor del elogio como el alma verdadera de la ciudad elogiada. Cuando Proaza se refiere, por ejemplo, a la segura y plácida libertad de vivir de los valencianos (“securitas tranquillaque vivendi libertas”), a que se trata de la ciudad “más agradable y más abierta a cualquier persona sin hacer distinciones” (“adeo commodissima, adeo communissima cuiquam gentium indifferenter habeatur”) donde nadie le pregunta a nadie “a dónde va, quién es o de dónde viene” (“quo petas, quisque sis, unde venias”) uno advierte que Proaza está acercándose a la verdad verdadera y secular de esta ciudad. “Commodissima”, en efecto, y “communissima”.

No podrían definirse mejor las bondades de Valencia que con estos dos adjetivos en grado superlativo. Otras ciudades -Madrid es un ejemplo de entre las españolas- serán comunísimas, abiertas a todos sin hacer distinciones, pero no son comodísimas. Y viceversa. Aunque eso no debe confundir las cosas ni llevar a engaño a los forasteros. Hace muchos años un amigo gallego me dijo una cosa que me impresionó, porque consideré que había dado muy gráficamente con una de las claves de la ciudad de Valencia (y de los valencianos que la habitan): “Cuando vine a Valencia -me dijo- tuve la impresión de que me recibían con los brazos abiertos. Pero han pasado 20 años y todavía no los han cerrado”. Así es. ‘Ven aquí, vive tu vida, haz lo que quieras, disfruta conmigo si puedes -parece decir la ciudad valentina-, pero no esperarás que yo te ampare, te cuide, te proteja’. Nada de trabas, de requisitos, de condiciones. Pero que cada palo aguante su vela.